

Tomaron dos gandules desta gente  
En cierta senda do hicieron salto ;  
Todos los otros valerosamente  
Hicieron resistencia de lo alto ,  
Hasta les arronjar agua caliente  
Para que se dejasen del asalto :  
Al fin con estos dos indios volvieron  
A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta  
A la lengua mandaron que les hable,  
Y hecha por mil vias la pregunta,  
No respondieron cosa saludable,  
Antes de lo que dicen se barrunta  
Ser gente pobre, vil y miserable ;  
Y así para del todo no perderse  
Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes  
Aquestos fatigados peregrinos,  
A caballo llevando los dolientes  
Con términos cristianos y beninos ;  
Y como ya dejaban hechas puentes  
Y aderezados pasos y caminos,  
Tardaron en volver por estas vias  
Al pueblo de Urabá cuarenta dias.

Hallaron acogidas abundantes,  
De cuanto por su parte se procura,  
Por acudir al puerto contractantes  
Que traian regalos en hartura :  
Volvieron á sus fuerzas como antes  
Los enfermos mediante buena cura ;  
Murieron pocos antes de los puertos,  
Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltalles heno,  
Y demás desto cuando los caballos  
Estaban atollados en el cieno  
No teniendo vigor para sacallos,  
Ni dónde restribar en el terreno,  
No se podía menos que dejallos,  
Pues atascaba hasta la espaldilla,  
Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate  
También el atollar era de modo,  
Que dejaban los mas el algarate  
En mas profundidad de largo codo ;  
Y quien por lo sacar hombros abate  
Las barbas arrastraba por el lodo :  
No faltaban también en las fatigas  
Mureielagos, mosquitos y hormigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,  
La gente como ya se vido buena,  
Deseaba volver á la demanda  
Sin acordarse de pasada pena,  
Con intento de ir por otra banda  
Por tener el Dabaibe fama llena :  
Y así ruegan á César lo tractase  
Y el mismo César los acaudillase.

Tuvo César en esto diligencia  
Para que su desseo se cumpliese :  
Dióle Pedro de Heredia la licencia  
Para que cien soldados escogiese,  
Y con guias de mas inteligencia  
Aquella gran noticia descubriese ;  
Y él señaló del número robusto  
Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia  
Y caminó por parte diferente ;  
Mas yo que de renir tanta pendencia  
Me siento fatigado de presente,  
Querria, buen lector, mudar sentencia,  
Si vuestra buena gracia lo consiente,  
Por mandarme decir Pedro de Heredia  
Un ruín entremés de su tragedia.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda  
Poca, de las sobradas sinrazones,  
Aquel que en Indias tiene su vivienda  
No debria faltar en oraciones  
Al sumo Hacedor que lo defiende  
De júeces de malas intenciones ;  
Pues aunque los castiguen cada hora,  
Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes  
Han gobernado con sencillos pechos ;  
Mas otros so color de servir reyes  
Nos tienen asolados y deshechos,  
No por servir al rey ni cumplir leyes,  
Sino por acudir á sus provechos,  
Tan sueltos á cualquiera desvergüenza  
Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas sollicitas raposas,  
Que de Heredia solia ser amigo,  
Con blandas muestras aunque cautelosas,  
Segun se notara de lo que digo,  
Viniendo por júez usó de cosas  
Dignísimas por cierto de castigo ;  
Aqueste se llamó Juan de Vadillo,  
Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia  
De la Española, de los mas antiguos ;  
Y como se pidiese residencia  
Contra el Heredia por sus enemigos,  
Enviaron aquesta pestilencia,  
Aunque contradecian los amigos ;  
Y él hizo gran instancia con su ruego  
Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos  
Fama desta riqueza que fué brava,  
Como el Heredia y él fueron vecinos  
Y por sus cartas amistad duraba,  
Envióle Vadillo dos sobrinos,  
Desde Santo Domingo donde estaba,  
Para que fuesen del favorecidos  
Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada  
Y en buscar de comer mal advertida,  
Con otra harta mas cualificada,  
De hambres y trabajos afligida,  
Al tiempo que hacian un entrada  
Ambos á dos partieron desta vida,  
Y dieron á entender malos intentos  
Que murieron por malos tractamientos.

Teniendo pues reales provisiones,  
Y no menos escriptas en el pecho  
Sus malas propiedades ó pasiones  
Que se manifestaron por el hecho,  
Pues quanto hizo fueron sinrazones  
Sin regla ni medida de derecho ;  
A Cartagena vino con buen viento,  
Do le hicieron gran recibimiento.

Vino para que fuese su teniente  
Fernán Rodriguez Sosa, lusitano,  
Comendador de Cristo, y otra gente,  
Oficiales ya hechos á su mano ;  
Fué alguacil mayor por consiguiente  
Un Pedro de Jureta, y escribano  
Un Juan Rodriguez, hombre temerario,  
Que después condenaron por falsario.

Como fué recibida su persona  
Con las solemnidades convenientes,  
Luego la residencia se pregona  
Contra el gobernador y sus tenientes ;  
A todos sus amigos desentona ;  
Privan con él los émulos presentes ;  
Secuéstrales los bienes y hacienda,  
Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía  
Con Cazares y el Sosa lusitano,  
Y habiendo navegado breve via,  
Vieron otro que viene ya cercano  
Donde el gobernador mismo venia,  
Y allí ni mas ni menos el hermano,  
Ambos á dos quietos y muy fuera  
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesan ya poco desvío,  
Cazares dijo yendo con los remos :  
« Pase vuestra merced á mi navio  
Para serville como lo debemos. »  
Respondele : « Mas vos pasad al mio,  
Sabré las novedades que tenemos. »  
El Cazares pasó sin detención,  
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena  
De lo que le contó como testigo,  
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,  
A causa de tenello por amigo :  
Llegaron todos pues á Cartagena  
Adonde no hallaron buen abrigo,  
Pues á los dos agravan con prisiones,  
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo  
Del cupido y avaro licenciado,  
En tal manera que con ser Vadillo  
Ninguno le podia hallar vado ;  
Busca por todas partes amarillo  
Metal, que no lo quiere colorado,  
Y por momentos al contrario bando  
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recebido  
El Heredia mayor ( ¡ oh gran mancilla ! )  
Aquello que vivió, siempre tullido,  
Y el poder escapar fué maravilla ;  
Y el tiempo que de mí fué conocido  
Andaba como Leiva en una silla,  
Pues á cualquier lugar que se mudase  
Habia de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere,  
Con gana que su honra se destruya,  
So graves penas los oidos liere,  
Como dicen, á mia sobre tuya,  
Contra quien ó supiere ó encubriere  
Cualesquier bienes ó hacienda suya,  
Y si manifestasen oro alguno  
También se les daria de diez uno.

Atormentaba negros y criados  
Para que descubriesen el tesoro,  
Los cuales como fuesen apremiados  
Descubrieron, por redimir su lloro,  
En diferentes partes enterrados  
Al pié de cien mil pesos de buen oro.  
Marcados ya, y en los libros reales  
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto  
Envío por servicio no pequeño  
Al gran emperador don Carlos quinto  
Con proceso que fué de falso sueño ;  
Pues como de verdad era distinto  
Volvióronse después al proprio dueño ;  
También él envió por propria cuenta  
Dinero harto de que compró renta.

Podia bien compralla de las sobras  
Porque tuvo donde meter las manos ;  
Y no tan solamente las zozobras  
Se repartian por los dos hermanos,  
Mas á todos hacia tales obras  
Cuales suelen hacer hombres tiranos,  
Hasta hacelles dar cuero y correas  
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento  
Quisiera, por sacar oro guardado,  
Al Alonso de Heredia dar tormento ;  
Mas como lo tenia recusado,  
Nunca quiso prestar consentimiento  
Martin Rodriguez el acompañado,  
Doctor de buenas letras y experiencia  
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos  
Buscando fabulosos delatores,  
Y cuando presentaban los escritos  
En su contradiccion los defensores,  
Eran amenazados con mil gritos  
Los letrados y los procuradores,  
Demás de molestarlos con prisiones  
Cuando les alegaban defensiones.

Al tiempo quel testigo declaraba  
Debajo de solemne juramento,  
El falso Juan Rodriguez asentaba  
Lo que no le pasó por pensamiento,  
Sino lo que Vadillo deseaba,  
Por dar colores á su mal intento ;  
Y púdose saber de cierta ciencia  
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas definia  
Por términos que no tuviera moro,  
A los indios de paz gentes envia  
A que por fas ó nefas diesen oro,  
Y en estos miserables se hacia  
Una crueldad dignísima de lloro :  
Baltasar de Ledesma los regia  
Y Montemayor era también guia.

Estos dos capitanes fueron tales  
Y tan perjudiciales y nocivos,  
Que demás de roballes los caudales  
De cuanto contenian sus archivos,  
Llevaron presos muchos naturales  
Que hicieron esclavos y captivos,  
Sin causa de delitos cometidos,  
Antes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,  
Digo quinientos de Cipacua sola,  
Mozos y mozas gente muy lucida  
Contra la voluntad sacra charola ;  
Y el Vadillo después de recibida  
Mandólos enviar á la Española  
Para sus intereses y ganancias  
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores  
Una noche soldados que velaban,  
Vieron desde la cumbre resplandores  
Que sobre Galamar reverberaban,  
Y tuvieron por cierto ser ardores  
De casas que en el pueblo se quemaban ;  
Y así por la distancia ser cercana  
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto  
Ni hallaron el pueblo con desdoro,  
Sino mayores males en el puerto  
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro :  
La causa desto por haberse muerto  
Su buen obispo fray Tomás de Toro,  
Así que la señal esclarecida  
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino  
Al pueblo de Urabá de su jornada,  
Con mas de cien mil pesos de oro fino ;  
Pero toda su gente fatigada,  
Por ser trabajosísimo camino  
Aquel por do hicieron el entrada,  
Montañas bravas, por cuyos conveses  
Anduvieron perdidos siete meses.

Tierra lluviosa, ciega y espantable,  
De todo morador aborrecida  
Sin recurso de cosa saludable  
Que pudiera servilles de comida ;  
Y por ser tal y tan inhabitable,  
Se vieron en gran riesgo de la vida ;  
Sustentábanse con arbóreos tallos  
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje  
De romper por aquellas espesuras,  
Y por los grandes cienos del viaje  
Llenos de llagas y de desventuras,  
No les quedaba callo de herraje  
Y los caballos ya sin herraduras,  
Faltábanles ya diez de los mas buenos,  
Y de los españoles veinte menos.

Yendo pues con miseria tan continua  
A desastrado fin suelta la rienda,  
Sin esperanza de la medicina  
Que promete salud á la vivienda,  
La gran bondad de Dios les encamina  
Un arroyo do vieron cierta senda,  
Y aunque de pocos huellas y maltrita  
La gente cuasi muerta resucita.

Signiéronla por ver si su costumbre  
Los guía donde van sus esperanzas,  
Y sacólos á tierra de mas lumbre,  
Mejores influencias y templanzas:  
Por ella suben hasta cierta cumbre.  
Devisan rasos campos con labranzas,  
Tantas y tan crecidas poblaciones  
Que se vian en grandes confusiones.

Porque se vian todos de mal arte,  
Hambrientos, fatigados y dolientes,  
Y así les parecía no ser parte  
Para salir á dar con tantas gentes;  
Y demás de sentir flaco su marte  
No tenían caballos convenientes;  
El uno extremo y otro les es duro,  
Mas tomaron al fin el mas seguro.

Aqueste sobre dicho potentado  
Es tierra del Guacá que se derrama  
Por rico mineral á cada lado,  
Cuya grandeza publicó la fama;  
Y el indio de quien era gobernado  
Utibará supieron que se llama;  
Hicieron pues los nuestros sus conciertos  
De estar se por entonces encubiertos.

Por ir apriesa Titan al ocaso  
Y esperar á sazón mas conveniente;  
E ya de día, por henchir el vaso  
Y dar satisfacción al mal terrible,  
Salieron todos ellos á lo raso  
Con aquel orden que les fué posible,  
Y no pararon con los escudrones  
Hasta meterse por las poblaciones.

Firmes se hacen en el valle llano  
No sin admiración de los vecinos,  
Porque nunca jamás vieron cristiano  
Ni caballos hollaron sus caminos;  
Buscaron pues los españoles grano,  
Y dieron de comer á los rocinos:  
Los hombres barbaros temblaban dellos  
Oyendo sus relinchos y resuellos.

Hablóles César amigablemente  
Con lengua que traía curiosa,  
Y puesto caso que era diferente  
Entendían al fin alguna cosa;  
Acude grande número de gente  
A la que tienen por maravillosa,  
Trayéndoles á todos por momentos  
Gran abundancia de mantenimientos.

Mas Francisco de César, aunque vido  
Ser de sinceridad el apariencia,  
Como capitán diestro y advertido  
Velábase con grande diligencia,  
Porque se via mal apercebido  
Y de los indios grande la potencia;  
Demás desto muy flacos los caballos  
Para con las espuelas fatigallos.

A cabo pues de tres ó cuatro dias,  
Supo por mensajeros en la sierra  
Utibará que nuestras compañías  
Andaban recorriéndole la tierra,  
Y para quebrantar sus lozanas  
Trajo como dos mil hombres de guerra,  
Con flechas, hondas, y con largas lanzas  
Y con sus atambores y ordenanzas.

Habia de cornetas gran repique  
Ostentando sus fuerzas y poderes,  
Y todos cuantos son puestos á pique  
Segun requieren tales menesteres:  
En ricas andas traen al cacique;  
También viene gran suma de mujeres  
A gozar de la caza castellana,  
Que todos allí comen carne humana.

Cuando venían era de ver dino  
El orden que traían los salvajes,  
Aquellas joyas ricas de oro fino,  
Aquella gran soberbia de plumajes,  
Aquel alborotado torbellino,  
Aquellos ademanes de corajes,  
Y de los españoles el mas fuerte  
Tragada, como dicen, ya la muerte.

Puestos en Dios los flacos corazones,  
Haciendo votos y prometimientos,  
Y suplicándole con oraciones  
Que les libre de tales detrimentos,  
Porque tan crudelísimas naciones  
No hagan de sus carnes alimentos,  
Mas prestos los dolientes y los sanos  
A se valer de Dios y de sus manos.

General del ejército pagano  
Que los unos y otros animaba  
Era de Utibará menor hermano,  
Que no se supo cómo se llamaba:  
De grandes miembros, mozo tan lozano  
Que todos los demás sobrepujaba  
En la disposición y en ornamentos,  
Y en sus astucias y acometimientos.

Bajó pues la beligerá refriega,  
Segun guerreros usos ordenados,  
Hasta ponerse dentro de la vega  
Do los nuestros estaban afirmados,  
Que viendo la gran furia que se llega  
Salen á su defensa reportados;  
Por todos son ochenta solamente,  
Entrellos de caballo hasta veinte.

Baten las piernas en las confianzas  
Del que domina las eternas sillas,  
Rompiendo van los hierros de las lanzas  
Bárbaros hombros, pechos y costillas;  
Y por aquellos campos y labranzas  
Hacían todos ellos maravillas,  
A las espaldas siempre los peones  
Apriesa meneando los talones.

Sin osar desmandarse de la huella  
De los caballos que les van delante,  
Y al escuadron que ven que se atropella  
Acude cuchillada penetrante;  
Para poder en ellos hacer mella  
Presume cada cual de ser gigante,  
Pues no les iba menos que las vidas  
Si con internición dan las heridas.

El animoso César, hecho torre  
Que por diversas partes es batida,  
Ningun escuadron halla que no borre  
Dejando los regentes sin la vida;  
Vuelve sobre los suyos, y socorre  
La parte que ve mas enflaquecida,  
Y el caballo de carnes mal compuesto  
A todos lances lo hallaba presto.

Las voces y terribles alaridos  
Rompen los aires hasta las estrellas;  
Resuenan por los campos estendidos  
Los gritos de las dueñas y doncellas;  
En diferentes partes hay gemidos  
Y sonos de mortíferas querellas;  
Cesa con ellos, porque son mayores,  
Aquel de sus cornetas y atambores.

Y el César todavía con reguardos,  
Porque su gente no se desordene,  
Va derribando de los mas gallardos  
Con tal velocidad cuanto conviene;  
Acometía no con pasos tardos,  
Y sobre sus peones luego viene  
Haciendo de sus golpes el empleo  
En los que via con mejor arreo.

Bien como torbellino violento  
Que lleva su furor por la cultura  
De plantas do de frutas hay aumento,  
Del cual ninguna puede ser segura;  
Mas con los soplos del nocivo viento  
Siempre suele caer la mas madura,  
Y con mas lijereza que de jara,  
Donde los daños hace no repara.

A su similitud y semejanza  
El violento César y arriscado,  
Rompiendo por aquella gran pujanza  
Derriba lo mejor y mas granado,  
Recambiando los lauces de su lanza  
A diestra mano y al siniestro lado,  
Precipitando cuerpos por el suelo  
Y recogiendo con presto vuelo.

Viendo tanta matanza como digo  
Utibará se pasma con espanto,  
Y mucho mas de ver un enemigo  
Solo ser causa de tan duro llanto;  
Y no sé yo si César el antiguo  
Con Petreyo y Afranio hizo tanto,  
Cuando con hechos dignos de memoria  
Les quitó de las manos la victoria.

Pues es así quel general maestro,  
Hermano del cacique que los rige,  
Llegó los derramados como diestro  
Y en escuadron formado los corrige,  
Y con su cuerno del lugar siniestro  
Al batallon cristiano mal aflige,  
Porque con pieas largas tal se cierra  
Quel español cansado pierde tierra.

Bien así como cuando toscas gentes  
Encierran el indómrito ganado,  
Que por partes que son mas convenientes  
Lo llevan recogido y enhilado;  
Pero si vuelven las cornudas frentes  
A ellos, han por bien de dalles lado,  
Huyendo su furor sin aguardallo,  
Eso me da de pié que de caballo:

No menos fué la grande arremetida  
Desta gente feroz y carnicera,  
Pues cuando todos iban de vencida  
Y el español allana su carrera,  
La gente por el indio recogida  
Una carga le dió de tal manera,  
Que con aquel estremo de congoja  
Traía cada cual la mano floja.

El animoso César bien lo via,  
Y á gran prisa volvió por aquel lado;  
Procuró de romper, mas no podía  
A causa del caballo ya cansado,  
Demás de que con larga piquería  
Aquel gran escuadron halló cerrado,  
Los cuentos dellas en el suelo puestos  
Y guiadas las puntas á los gestos.

Andando pues en el guerrero trato  
Como leon que busca sus despojos,  
En las mayores furias del rebato  
En aquel principal puso los ojos,  
Y dijo con gemido: «Si este mato,  
Honroso fin ternán nuestros enojos;  
No sé qué medio tenga ni qué haga  
Para dar fin á tan ardiente plaga.»

Al cielo van sus ojos con suspiro,  
Y dijo: «Dios inmenso, soberano,  
Mirad la desventura que yo miro  
Si nos vence furor tan inhumano;  
Y así para que pueda hacer tiro,  
Guie la vuestra mi cansada mano;  
No prevalezcan los que no os entienden  
Y con tantas maldades os ofenden.»

Para hacer el tiro que nivela  
Sobre los dos estribos se levanta;  
El brazo sacudió y el asta vuela  
Encaminada con ayuda santa,  
Pues el golpe le dió, y el hierro cuela  
Rompiéndole por medio la garganta;  
Quedó pendiente del robusto cuello,  
Y luego le faltó vital resuello.

El suelo maculó con su caída,  
Forzado de mortales confusiones;  
Por ambas partes vierte la herida  
Sangre que sale dél á borbollones,  
A vueltas de la cual salió la vida  
Con tal espanto destos escudrones,  
Que todos cuantos junto dél confinan  
Con fría confusion se remolinan.

Bien como puercos en el arboleda  
Que son de cauto lobo salteados,  
Y con gruñidos grandes forman rueda,  
Volviendo los colmillos afilados  
Con tenazadas para que no pueda  
Sacar al ya herido por los lados:  
Así se puso quien se halló junto,  
Temiendo que les lleven el defunto.

Y luego con aqueste pensamiento  
Lo levantaron del sangriento llano,  
Y con arrebatado movimiento  
Lo pusieron delante del hermano,  
El cual con entrañable sentimiento  
Del campo por entonces alzó mano;  
Y así se recogieron los gigantes  
No con el brio que vinieron antes.

Pues lamentando suben por el puerto,  
Sin mas mirar la gente forastera,  
Utibará pegado con el muerto,  
Haciéndolo llevar en su litera:  
Los españoles puestos en concierto  
Hasta que traspasaron la ladera,  
El de mas humildad y el menos manso  
Harto necesitado de descanso.

Mas como de los rostros y mejillas  
Cesasen ya los cálidos sudores,  
Hincando por el suelo las rodillas  
Dan gracias al Señor de los señores,  
Obrador de tan grandes maravillas,  
Tantos bienes, mercedes y favores,  
Pues en aquella peligrosa suerte  
Ningun herido dellos fué de muerte.

Desarman los caballos v á sus puntos  
Dieronles de maíz bateas llenas;  
Cenaron ansimismo todos juntos  
Sobresaltadas y ligeras cenas,  
Habiendo despojado los difuntos  
De joyas de oro que trajeron buenas,  
Diademas, chagualas, capacetes,  
Orejas y ricos brazaletes.

No parecía indio ni semeja,  
Hasta que ya pasó tercero día,  
Que captivaron una buena vieja,  
A quien amenazaban á porfia  
Que le desollarían la pelleja,  
Si bienamente no les descubria  
Donde tenían sus enterramientos  
Los indios cuyos eran los asientos.

Con el deseo de se ver segura  
De tan cruel ensayo y aspereza,  
Dijo que les daría sepultura  
De donde sacarán mucha riqueza;  
Que la mostrase luego se procura  
Por estar su salud en la presteza;  
Estaba pues tres leguas de desvío,  
Y habían de pasar un grande río.

Siendo certificados y advertidos  
De cómo les daría buena pella,  
De cosas necesarias proveidos,  
La vieja caminó, siguen su huella,  
Y porque no cumplió ser divididos  
El campo todo junto fué tras ella:  
Vieron el grande río nada sesgo,  
Mas al fin se pasó sin haber riesgo.

La temerosa vieja que los lleva,  
En cierta parte poco montuosa  
Manifestó la boca de la cueva  
Cubierta de una bien labrada losa;  
No fué para hacer cúpida prueba  
La gente castellana Perezosa,  
Bajando por algunos escalones  
Con lumbre para ver bien los rincones.

Sepulero fué, segun que parecia,  
Y entierro de señor cualificado,  
Por ser todo de buena cantería,  
Y á manera de bóveda labrada:  
Buscóse lo que mas se pretendia,  
Y hallaron de oro buen recado,  
Pues los públicos fueron cien mil pesos  
Sin los que por los senos fueron presos.

Porque llegó la noche y obscurana,  
Cercanos al raudal se detuvieron,  
Y llegada la luz de la mañana  
Pasaron con la priesa que pudieron,  
Y para se afirmar en tierra llana  
Al lugar conocido se volvieron,  
Donde tomaron otra vieja buena  
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba  
Ulbara gran número de gentes,  
Y que la tierra toda se juntaba  
Con armas y furiosos accidentes;  
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,  
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,  
Y de comun acuerdo todos quieren  
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura  
Estar de su furor larga distancia  
Que subyectar á riesgo y aventura  
Las vidas y las honras y ganancia;  
Pues aquello que dió la sepultura  
Valor y caudal era de substancia;  
Y así puestos en orden y concierto  
Volvieron riendas al marino puerto.

Guiando por diversa derescera  
Pablo Fernandez, adalid famoso,  
Atinó siempre, pero de manera,  
Que fué camino menos trabajoso,  
Y en cincuenta y tres dias de carrera  
Llegaron al lugar de su reposo,  
Que es Urabá, donde dijimos antes  
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castillo  
Estos á quien libró propia prudencia,  
El César preguntó por su caudillo  
Para le dar razon con obediencia;  
Y respondióse cómo Vadillo  
Le toma rigurosa residencia,  
Al insigne valor dando baldones,  
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser digna  
Su gran virtud de semejante pena,  
Y decia ser intencion malina  
La que con tal rigor se desenfrena;  
Y así con sus soldados determina  
Partirse luego para Cartagena,  
A ver la residencia cómo anda,  
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,  
Ver al gobernador fué lo primero,  
Entregándole muy secretamente  
La parte que le cupo del dinero,  
Y consolándole del mal presente;  
Ven la presencia del juez severo,  
Que por lo que de César habia oido  
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,  
Vadillo lo regala y acaricia,  
Ambos á dos hablaron en secreto  
De cosas que rastrea la eudicia,  
Preguntándole muchas, y en efeto  
César dijo traer cierta noticia  
De prósperos y auríferos terrenos,  
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuento riguroso  
Pintándole con encarecimiento,  
Y ser negocio rico y honoroso  
Continuar aquel descubrimiento;  
De suerte quel letrado cudicioso  
En esto colocó su pensamiento;  
Y percibidas bien las relaciones  
Con él César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,  
Rica segun se ve por el indicio,  
La continuacion á vos compete,  
Por ser tan singular en el oficio;  
Pues vuestra buena fama me promete  
Que á Dios y al rey hareis este servicio,  
Y otra paga mejor y otros provechos  
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

» Que bien sé del pasado desvario  
Y de vuestros honores el embargo;  
Mas el gobierno ya, señor, es mio,  
En el cual duraré por tiempo largo;  
Y así demás de dáros buen avio,  
Quiero restituiros vuestro cargo  
De general y mi lugarteniente,  
Con poder y recado conviniente.

» A todos los que siguen vuestro bando  
Bien les podeis decir y hacer ciertos  
Que los Heredias ya no tienen mando,  
Y que pueden contarlos con los muertos;  
A miserable fin se van llegando  
Por sus intolerables desconciertos,  
Y mas en apelar de mi sentencia  
E ir á España con su residencia.

» Sus causas van asaz bien substanciadas,  
Y tan probadas culpas cometidas,  
Que les harán mercedes señaladas,  
Si los dos escaparen con las vidas;  
Pudieran las sentencias pronunciadas  
En muy mayor rigor ser convertidas,  
Y á mi me culpára cualquier prudente  
Por haberme mostrado tan clemente.

» Muchas cosas intentan y menean  
Para disminucion de su delito;  
Llanísimo negocio fantasean  
Con ser el de sus culpas infinito;  
Y allá me lo dirán desde se vean  
Los crimines atroces por escrito,  
Do se conocerá patentemente  
Que yo no me moví por accidente.

» Mas desto no se tracte, pues que tiene  
Su fin y paradero con revista:  
Volvamos al Guacá, donde conviene  
Llevar mas adelante la conquista;  
Para lo cual vuestra merced ordene  
Cómo hagamos luego nueva lista  
Y por entrambas partes se trabaje  
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece  
Convenir mas á su aprovechamiento;  
Y el Francisco de César agradece  
Aquella voluntad y ofrecimiento,  
Demás de que las cosas engrandece  
Que vieron en aquel descubrimiento;  
Y así con atención á sus provechos  
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla  
Pendiente de testigos y probanzas,  
Pedro de Heredia fué para Castilla,  
Alentado de buenas esperanzas:  
Al Alonso por cárcel da la villa,  
No sin seguridades de fianzas,  
Habiéndose pasado ya dos años  
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazón el uso viejo  
De la veloce fama frecuentado,  
Mediante prevenciones y aparejo,  
Habia en la Española publicado  
Tomarse mal en el real consejo  
Las insolencias deste licenciado,  
Por cuyos desvarios y demencia  
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,  
Por quien amistad llana le debia,  
Aviso se le dió para que viesse  
Aquello que á su honra convenia,  
Y con mejores obras deshiciese  
Lo que por sus contrarios se decia,  
Pues todos publicaban sinrazones  
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maleficio  
Y olor alguno de juez tirano,  
Procurase hacer algun servicio  
A Dios y al rey y al reino castellano;  
Pues tenia soldados y el oficio  
Y buenas ocasiones en la mano,  
Y tal podría ser alguna dellas  
Que no diesen oídos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,  
Como le remordia la conciencia,  
No tuvo tales nuevas por inciertas,  
Mayormente viniendo del audiencia;  
Túvolas solapadas y encubiertas,  
Mas no para huir de su sentencia,  
Pues luego hizo junta de varones,  
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo  
Es de servir á la real corona,  
Y pues á quien le da mejor empleo  
Su Majestad, mejor lo galardona,  
En aquesta jornada que proveo  
Yo me quiero hallar por mi persona;  
Que no conviene, yendo tanto bueno,  
Quedarme yo las manos en el seno.

» Mi determinacion es la que digo,  
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,  
Sin rehusar encuentro de enemigo  
Ni de sangrienta lid el trance fiero;  
Todos terneis en mi fiel amigo,  
Un llano capitán y compañero,  
Y en el gobierno y en el tratamiento  
A ninguno daré desabrimiento.

» Y pues tenemos todo buen recado  
Y el tiempo de verano nos convida,  
Pido las voluntades y cuidado  
Para la brevedad de la partida;  
La falta del que va mal aviado,  
Antes hoy que mañana me la pida,  
Porque sin reservar dinero mio  
Procuraré de dalle buen avio.»

Vista su voluntad, con la blandura  
De tanto cumplimiento cortesano,  
Correspondieron con lo que procura  
No menos el mancebo quel anciano;  
Diciéndole tener á gran ventura  
Que los rigiese tan ilustre mano,  
Pues con tal capitán dudá ninguna  
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento  
Que de seguir el suyo se tenia,  
Vadillo, lleno de contentamiento,  
A cada cual las gracias le rendia,  
Y para su mejor aviamiento  
Las cosas necesarias proveia;  
Y todos ellos luego hacen prestatas  
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;  
Afilanse las lanzas, las espadas;  
Aforranse los duros morriones,  
Los defensivos cascos y celadas;  
Ponían á las armas hebillones  
Que tienen de algodones preparadas,  
Manijas y brazales de rodela,  
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,  
Varones de valor y vigilancia,  
Bien aviados á su costa propia,  
Por tener de dineros abundancia;  
Van mas de cien esclavos de Etiopia  
Que hubo cada cual de su substancia;  
De indios y de indias gran bullicio,  
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,  
Que podían romper cualquier rencilla,  
Porque demás de muchos para carga  
Iban sobre doscientos para silla,  
Do pueden menear lanza y adarga  
Los jinetes que van en la cuadrilla;  
Llevan sus faldas, pechos y testeras,  
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista  
De todos los soldados principales  
Aderezados para la conquista,  
De fieros y remotos naturales;  
La cual, como ya fuese por él vista,  
Nombró los capitanes y oficiales;  
A César hizo general teniente,  
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballeria  
Juan de Villoria, noble caballero;  
Por consiguiente del infanteria  
Alonso de Saavedra, tesorero,  
Montemayor alférez, y regia  
El escuadron que llaman machetero  
Baltasar de Ledesma, que contino  
Habia de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica  
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,  
Y con los mismos cargos les aplica  
A un Caravajal y otro Medina,  
Y á Noguero, que ser francés publica,  
A quien muerte cruel hado destina,  
Pues fué de los soldados el primero  
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades  
Pablo Fernandez, que en los menesteres,  
Inconvinientes y necesidades,  
Tuvo bien acertados pareceres;  
Son sus colaterales Juan de Frades,  
Un Portalegre y un Alonso Perez,  
De quien en los rigores ó bonanzas  
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebración de sacramentos  
Van cuatro religiosos ordenados,  
De quien no se decir sus nombramientos,  
Y es porque no me fueron declarados;  
Llevaronse cumplidos ornamentos  
A santos sacrificios dedicados:  
También llevan trompetas y clarones  
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera,  
Un bando de atambor la gente llama  
Para que se juntasen á bandera,  
Al tiempo que á Títon deje su dama;  
Mas entre tanto aquellos salen fuera,  
Yo determino de tomar mi cama,  
Pues apresura Cintia sus caballos  
Y se reiteran voces de los gallos.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Quando con lumbre de la cuarta esfera  
Se descubria tiempo matutino,  
Y el mismo rey de Delos con carrera  
Veloce visitó décimo sino,  
Siendo ya quince cientos de la era  
Y treinta y nueve del natal divino,  
Sonaron trompas que la gente vaya,  
Y así se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navios,  
Prestos en la ribera los bateles;  
Embarcarse caballos y atavios,  
Soldados, capitanes, coroneles;  
Hacen de Calamar luego desvios,  
Hincen velas los vientos infieles,  
Entonces buenos, pues con larga escota  
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recibidos  
De los vecinos con amor fraterno,  
Y negocios algunos proveidos  
Por el Vadillo cerca del gobierno,  
Vuelven á los navios referidos  
Porque los convidó viento galerno:  
Llegaron á la playa de aquel puesto  
A donde Julian fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,  
Para prosecucion de su viaje,  
Desembarca caballos y servicio  
Con los demás pertrechos y fardaje;  
Hierve la diligencia y el bullicio,  
Enfardelándose matalotaje,  
Harina de maiz, antes tostado,  
Para se sustentar en despoblado.